

Sus glorias hablan revivido en la época a que me refiero, y las miradas del mundo se dirigían a la pequeña ciudad de Poitiers casi con el mismo interés y la misma admiración que a la infausta Roma, madre y asamblea de todos los reyes. En el período de la vida de Napoleón III, entonces en el apogeo de su poder, y al propio tiempo llamada en derredor por los hombres más ilustres, y fundada Universidades, monasterios, Academias, transformando la insignificante Pictavia, en una Atenas religiosa.

Así la conocí; y si de lejos había admirado a su instauradora, hoy de cerca lo adoro. "No es debido a mi este progreso y este brillo (me dijo): SE DEBE A MI LARGO PONTIFICADO". En efecto, así lo repetía año por año, en las homilias que predicaba sin falta el aniversario de su consagración. Pero notaron sus administradores y contemporáneos, que a pesar de este principio que avanzaba y progresaba, no podía ocultar ciertos temores a medida que avanzaba de en años de episcopado. Se complacía en irse comparando a las estaciones de los israelitas en el desierto; y, señalando las huellas de San Jerónimo, paragonaba el número de cada aniversario, al correspondiente de cada acampamiento israelita, y daba a cada lugar en que habían plantado aquel año sus tiendas, una cierta consecuencia.

Habían pasado ya los 25 años; se iba acercando al fatídico número 25, y confesando siempre las ventajas de un largo episcopado, parecía temblar a la vista de ese término, tan sacado como temido. Presenta por ventura lo que iba a suceder después de su partida? Comprendía que estaba cerca el día en que se dispersarían los sabios que con tanto alboroto congregados llevaba, que si manos amigas ensayaban las primeras heridas, mano hostil y poderosa destruyera en un instante cuanto él había creado en tantos años?

No lo sé; pero el Señor le evitó tantos dolores y desolaciones. Vivió tranquilo a su seno desde el trigésimo acampamiento de su peregrinación episcopal. Entonces (me dijo) una larga vida, un largo episcopado, no son una bendición del Todopoderoso. Antes, sea, en vano nos congrega para dar gracias al cielo, por lo que no se para en el para nosotros un beneficio.

No: no advierte de mis palabras semejante consecuencia. Si a sangre fría y sin prevenciones lanzara una mirada atrás, no a vería que todo lo que se ha hecho en la diócesis, se debe, no a mi por cierto, ni a mis méritos; pero sí a la duración de mi episcopado. Si cada día, cada año, cada diez años hubiera venido de nuevos Pastores a episcopados, habría sido imposible llevar a cabo muchas empresas que sólo pueden acometerse y terminarse con la unidad de miras, de manejo y de acción que caben únicamente en un solo individuo, cuando los tiempos son adversos y los elementos de que se dispone muy limitados. Para vosotros, de seguro, mi largo episcopado ha sido un favor de la Providencia, no

obstante mi indignidad; y más que yo, debéis por ello dar gracias al Príncipe de los Pastores, Jesucristo Nuestro Señor.

Pero yo también se las doy, y muy rendidas, por cuanto, merced a su Providencia, he hecho durante cincuenta años en favor vuestro, y de los demás rebaños que me fueron encomendados. Planté, como todo labrador, árboles de cuyos frutos ni soñaba gozar; y me he sentado a su sombra y he gustado sus frutos opimos. Sembré grano bueno en diversos terrenos. Pero las aves del cielo arrebataron el primero que cayó de mis manos, y lo juzgué para siempre perdido. Pero no fué así. El Señor me encomendó de nuevo aquella parte de su Viña, y pude arrancar su presa a las aves de rapiña; volví a arrojar en los mismos surcos el grano robado, el cual ha vuelto a germinar. De seguro que todo esto cuesta copiosos sudores, abundantes lágrimas, inmensos sacrificios, que la edad y el cansancio hacen más penosos. Pero todo lo puede el apóstol en Aquél que lo conforta, y los mismos sinsabores se convierten en dulzuras.

Hay, empero, una pena, cuyo peso rinde al varón más constante; y es la previsión de que todos sus trabajos serán inútiles y que un soplo destruirá cuanto se ha edificado en un siglo. El Prelado Pictaviense, de quien os he hablado, no probó estas amarguras y murió colmado de honores y lleno de esperanzas. Los desastres de 1870 se detuvieron en las orillas del Loira, y no llegaron a su Poitiers. Con la caída del Imperio Francés, cayeron igualmente sus enemigos, mejoró la situación de su diócesis, y sin prever ni de lejos el desmoronamiento ya próximo de todas sus obras, pudo decir como Jacob: venga la muerte, que la recibo lleno de contento: "iam laetus moriar."

No así San Agustín. Oyó de lejos el rumor de las armas de los Hunos devastando la Italia. Vió a los Vándalos atravesar el Mediterráneo, y de España pasar a aquella Africa tan floreciente, en que brillaba su sede de Hipona. Los sintió destruir nada menos que 32 diócesis circunvecinas, y, por último, los contempló poniendo cerco a su ciudad episcopal.

Grande como era su valor, sintió que el ánimo le faltaba para presenciar la ruina de su pueblo; y pidió al Señor lo sacara de este mundo, antes que los Bárbaros profanaran sus templos y monasterios, pasaran a cuchillo a sus hijos espirituales, e incendiaran sus academias y bibliotecas. Se lo concedió su infinita Misericordia. Reposaba ya su cuerpo en su Catedral, cuando los Vándalos, convertida la ciudad en un montón de humeantes ruinas, vinieron a perturbar sus huesos, y a arrojarlos, en brazos de los fieles católicos conducidos a penoso destierro, a la remota isla de Cerdeña.

Prorrumpamos en estrepitoso anatema contra esos bárbaros. Se -

opostante mi indignidad; y más que yo, debéis por ello dar gracias al Príncipe de los Pastores, Jesucristo Nuestro Señor.

Pero yo también se las doy, y muy rendidas, por cuanto, merced a su Providencia, he hecho durante cincuenta años en favor vuestro, y de los demás rebaños que me fueron encomendados. Planté como todo labrador, árboles de cuyos frutos ni osaba gozar; y me he sentido a su sombra y he gustado sus frutos oprimos. Siempre he no pueño en diversos terrenos. Pero las aves del cielo arrebatadas con el primero que cayó de mis manos, y lo juzgare para siempre perdido. Pero no fue así. El Señor me encomendó de nuevo aquella parte de su Vinya, y pude arrear en presa a las aves de rapina; volví a arrojar en los mismos surcos el grano robado, el cual ha vuelto a germinar. De seguro que todo esto os causa copiosas alegrías, abundantes lágrimas, lágrimas sacrativas, que la edad y el cansancio hacen más penosos. Pero todo lo puede el apóstol en el que él que lo conforta, y los mismos altopos se convierten en guirras.

Hay, empero, una pena, cuyo peso rinde al varón más constante; y es la privación de que todos sus trabajos serán inútiles y que un copio destruirá cuanto se ha edificado en un siglo. El Príncipe Platón, de quien os he hablado, no pudo estas amarguras y murio colmado de honores y lleno de esperanzas. Los generales de 1870 se destruyeron en las orillas del Loira, y no llegaron a su Poitiers. Con la caída del Imperio francés, cesaron igualmente sus enemigos, mejoró la situación de su diócesis, y sin prever ni de lejos el desmoronamiento ya próximo de todas sus obras, pudo decir como Jacob: venga la muerte, que la recibo lleno de contentos: "iam factus mortuus".

No así San Agustín. Oyó de lejos el rumor de las armas de los Hunos devastando la Italia. Vid a los Vándalos atravesar el Mediterráneo, y de España pasar a España tan floreciente, en que brillaba su sede de Hipona. Los atidos destruyeron nada menos que 32 diócesis circunvecinas, y por último, los contempló por ningún cerco a su ciudad episcopal.

Grande como era su valor, estado que el ánimo la faltaba para presentar la ruina de su pueblo; y pidió al Señor lo sacara de este mundo, antes que los bárbaros profanaran sus templos y montes, pasaran a cuchillo a sus hijos espirituales, e incendiaran sus sagradas y bibliotecas. Se lo concedió su infinita Misericordia. Reposaba ya su cuerpo en su catedral, cuando los Vándalos, convertida la ciudad en un montón de humantes ruinas, vinieron a perturbar sus huesos, y a arruinarlos, en presa de los fieros católicos conguirras a penoso bastiño, a la remota isla de Gerbeña.

Procuráramos en estrepitoso anatema contra esos bárbaros. Se

comprende que un templo sea profanado, por los adeptos de otra Fe y extrañas creencias. Pero se necesita ser salvaje en extremo para profanar sepulcros, para traficar con los cementerios. Casi nos consuela ver a los Vándalos sucumbir más tarde, bajo la espada de otros bárbaros más feroces, y las ruinas de la Ciudad de Hipona, arrasadas por el Musulmán.

Yo no he dirigido, ni quiero dirigir al Señor la plegaria de San Agustín tanto más que sería ya tarde, habiendo pasado las 42 estaciones de los Israelitas, y llegado a la ribera del Jordán. No, Me agrada más la oración de San Martín de Tours, y con él le digo de todo corazón: "Si adhuc populo tuo sum necessarius, non recuso laborem." Oh Jesús, mi bien y mi guía! No estoy cansado de trabajar ni de sufrir. Si todavía pueden ser útiles mis servicios al pueblo redimido con tu sangre preciosa, no me asustan las fatigas, ni me amedrentan los padecimientos, "non recuso laborem." Si después de haber entrado en Jericó, si después de 42 años de marchas y rodeos por el desierto de la vida, quieres que siga adelante con Josué, y le ayude en sus azarosas campañas, aquí estoy, dispuesto a luchas como en días mejores. Mis piernas ya no sirven, ni para caminar a pie, ni para oprimir los lomos del corcel de batalla; pero tú, que todo lo puedes, convertirás mis brazos en alas, y estarás conmigo en las lides.

Es familiar, y que yo venero y pronuncio con singular reconocimiento. Quién de vosotros, jóvenes o ancianos, no conoce al autor de esa hermosa novela cristiana que anda en manos de todos, al preclaro autor de "Fabiola o la Iglesia de las Catacumbas?" Pues bien, este glorioso Príncipe de la Iglesia, autor de otras muchas obras, infinitamente más doctas aunque menos populares, y restaurador bajo Elix de la Jerarquía Católica en Inglaterra, fue el que guió mis primeros pasos, por la senda que me condujo al sacerdocio.

Conexiones de familia me condujeron a la Isla remota de que era Príncipe, y me pusieron bajo su protección. El escogió al colegio de los diócesis, en cuyo glorioso recinto empezó a aprender las letras y las ciencias, y en cuyo santuario me llamó el Señor al sacerdocio. Las puertas de su casa estaban abiertas para mí, y yo le abría las de mi conciencia. Más tarde, él me empujó hasta las alturas del Vaticano, y a él debo el que los ojos del gran Pontífice Pío IX se fijaran en mi pequeño. Al hablar, por tanto, de mi largo sacerdocio, no sería aminorar, sino falta de gratitud, no declarar de pronunciar el glorioso nombre del Cardenal Wiseman, primer Arzobispo de Westminster.

Tempus debet callar el tuyo, Palagio Antonio de la Sabina, el signo Arzobispo de Mójico. Mil veces en los siglos de esta República se pronunciará con el nombre de Wiseman. Pero yo, que al mundo que me viviera en vivo recuerdo, y que a sup y a sup, debe la prelatura que me compraron con el precio de mi sangre, debe la prelatura que me compraron con el precio de mi sangre, debe la prelatura que me compraron con el precio de mi sangre.

comprende que un templo sea profanado, por los actos de otra fe
y extrañas ceremonias. Pero es necesario ser salvos en extremo pa-
ra profanar sepulcros, para tratar con los cementerios, Gasi -
nos conviene ver a los Vándalos sacando más tarde, bajo la espa-
da de otros bárbaros más feroces, y las ruinas de la Ciudad de
Hipona, arrasadas por el Músman.

Yo no he dirigido, ni quiero dirigir al Señor la plegaria de
San Agustín tanto más que sería ya tarde, habiendo pasado las
estaciones de los Israelitas, y llegado a la ribera del Jordán.
No. Me agrada más la oración de San Martín de Tours, y con él
digo de todo corazón: "Et adhuc populo tuo sum necessarius, non
recuso laborem." Oh Jesús, mi Dios y mi Señor, no estoy cansado de
trabajar ni de sufrir. Si todavía pueden ser útiles mis servicios
al pueblo redimido con tu sangre preciosa, no me ausentes las
gas, ni me amedrenten los padecimientos, "non recuso laborem." Si
después de haber entrado en Jordán, al después de 12 años de mar-
chas y robos por el desierto de la vida, quieres que siga adelante
te con Jesús, y le ayude en sus azarosas campañas, aquí estoy.
- dispuesto a luchar como en días mejores. Mis piernas ya no sir-
ven, ni para caminar a pie, ni para oprimir los lomos del corce-
l de batalla; pero tú, que todo lo puedes, conviértete mis brazos
en alas, y estaré contigo en las lides.

En la carta pastoral en que anuncié este jubileo, os dije que
en mi largo camino había encontrado muchos insignes personajes,
muchos cristianos de todas condiciones y de todas edades, que me
han ayudado en mis fatigas, han alumbrado mi sendero, me han dete-
nido en mis tropiezos, me han levantado en mis caídas, me han sos-
tenido en mis desfallecimientos, han hecho ligera mi cruz. Justo -
es consagrarles un recuerdo y un suspiro en este fausto aniversa-
rio, y voy a hacerlo brevemente, con toda la efusión de mi grati-
tud. No es posible mencionarlos a todos, porque son una verdadera
legión; pero me propongo entresacar algunos nombres, y exhibir an-
te vosotros su grandeza y valer.

El Señor levanta al humilde desde el cieno, "succitat a terra
inopem," y dondequiera que se encuentre aquél a quien ha escogi-
do para ser su ministro, puede escuchar la voz que lo llama al -
Santuario. Pero su divina Providencia acostumbra colocar al pre-
destinado en una altura desde la cual oiga mejor su paternal lla-
mamiento, y en un ambiente en que nada retarde la pronta obedien-
cia del escogido. Tal hizo el Señor con este su siervo, por me-
dio de un insigne varón, cuyo nombre nos es familiar, y que yo -
venero y pronuncio con singular reconocimiento. Quién de voso-
tros, jóvenes o ancianos, no conoce al autor de esa hermosa nove-
la cristiana que anda en manos de todos, al preclaro autor de -
"Fabiola o la Iglesia de las Catacumbas?" Pues bien, este glorio-
so Príncipe de la Iglesia, autor de otras muchas obras, infinita-
mente más doctas aunque menos populares, y restaurador bajo Pío-
IX de la Jerarquía Católica en Inglaterra, fué el que guió mis -
primeros pasos, por la senda que me condujo al sacerdocio.

Conexiones de familia me condujeron a la Isla remota de que e-
ra Primado, y me pusieron bajo su protección. El escogió el cole-
gio, en cuyo glorioso recinto empecé a aprender las letras y las
ciencias, y en cuyo santuario me llamó el Señor al sacerdocio. -
Las puertas de su casa estaban abiertas para mí, y yo le abría -
las de mi conciencia. Más tarde, él me empujó hasta las alturas
del Vaticano, y a él debo el que los ojos del gran Pontífice Pío
IX se fijaran en mi pequeñez. Al hablar, por tanto, de mi largo-
sacerdocio, no sería modestia, sino falta de gratitud, en dejar-
de pronunciar el glorioso nombre del Cardenal Wiseman, primer Ar-
zobispo de Westminster.

Tampoco debo callar el tuyo, Pelagio Antonio de Labastida, in-
signe Arzobispo de Méjico. Mil veces en los púlpitos de esta Re-
pública he pronunciado tus loores. Ahora sólo me toca proclamar-
al mundo que tu memoria vive en mi pecho, y que a tí, en gran -
parte, debo la prelatura que tan temprano vino a buscarme en las
aulas Universitarias.

En la carta pastoral en que anuncie este jubileo, os dije que en mi largo camino había encontrado muchos amigos y compañeros, muchos cristianos de todas condiciones y de todas edades, que me han ayudado en mis fatigas, han aliviado mi sendero, me han dado un refugio en mis tropiezos, me han levantado en mis caídas, me han sostenido en mis desalentamientos, han hecho ligeros mis cruzes. Justo es agradecerles un recuerdo y un saludo en este festivo aniversario. Yo voy a hacerlo brevemente, con toda la estimación de mi gratitud. No es posible mencionar a todos, porque son una verdadera legión; pero me propongo presentar algunos nombres y explicar brevemente su vida y su obra.

El Señor levanta al humilde desde el cielo, "ausculta a terra inopem", y bendice al que se encuentra adonde él llama. Yo voy a presentar brevemente a algunos de los que el Señor ha levantado en su Iglesia desde la cual otros se levantan en un ambiente en que nada retarda la pronta obediencia. Tal hizo el Señor con este su servidor, por medio de un instante de vida, cuyo nombre nos es familiar, y que yo voy a presentar brevemente. Cuando de vosotros, jóvenes o ancianos, no conoce al autor de esa hermosa novela cristiana que anda en manos de todos, al prelado autor de "Fábula o la Iglesia de las Gacumbas". Pues bien, este glorioso Príncipe de la Iglesia, autor de otras muchas obras, infinitamente más doctas aunque menos populares, y restaurador bajo Pío IX de la teología Católica en Inglaterra, fue el que me condujo a este paso, por la senda que me condujo al sacerdocio.

Conexiones de familia me condujeron a la casa remota de que era Príncipe, y me puse bajo su protección. El escogió el colegio, en cuyo glorioso recinto empecé a aprender las letras y las ciencias, y en cuyo santuario me llamó el Señor al sacerdocio. Las puertas de su casa estaban abiertas para mí, y yo las abrí. Más tarde, él me empujó hasta las alturas del Vaticano, y a él debo el que los ojos del gran Pontífice Pío IX se fijaran en mi pequeño. Al hablar, por tanto, de mi largo sacerdocio, no sería modestia, sino falta de gratitud, en dejar de pronunciar el glorioso nombre del General Wiseman, primer Arzobispo de Westminster.

Tampoco debo olvidar el nombre del Arzobispo de Westminster, en alguna ocasión de México. Mi voz en los pulpitos de esta República he pronunciado tus lecciones. Ahora sólo me toca proclamar al mundo que tu memoria vive en mi pecho, y que a ti, en gran parte, debo la prelatura que tan temprano vino a descansar en las aulas Universitarias.

Oh! Por qué no escucho tu voz, que tan grata resonaría en mis oídos en estos momentos, Antonio Plancarte y Labastida? Cuál recordaríamos ahora, como hace 17 años, en mi jubileo de plata episcopal, los años de nuestra adolescencia y juventud, que juntos se deslizaron, y nuestros apostólicos trabajos tan llenos de penas y contrariedades! Seis meses más tarde que yo abriste los ojos a la luz, y muchos años antes que yo los cerraste en prematura tumba. Con cuánta delicia te habría invitado en este día - faustísimo a dirigirme una vez más, palabras de amistad y de consuelo. Ya que tu voz no puede resonar bajo estas bóvedas augustas, ninguna otra hará estremecerse este púlpito que tan dignamente ocupaste. Duerme, duerme en paz.

Y tú, Pontífice Santísimo, que tanto me honraste, glorioso Pío IX, vuelve los ojos desde el alto trono que ocupas en el cielo, a esta pobre criatura que tanto sublimaste; que llamaste primero cerca de Ti, y luego enviaste a apacentar lejano rebaño, imponiéndole tus propias manos en el orden episcopal. Eterna será mi gratitud. Tu nombre será el último que profieran mis labios - al expirar.

Gratitud igualmente, y muy grande, debo a muchos que aun viven, y a muchos que me escuchan. Clero de las tres diócesis que he gobernado! Me habéis acompañado en mis luchas y mis amarguras, y sois acreedores a mis especiales elogios. Entonad conmigo un cántico nuevo, un cántico eximio de alabanza y de acción de gracias al Señor de quien hemos sido apóstoles: "cantate Domino-canticum novum."

EN SAN LUIS POTOSÍ EL 6 DE ABRIL DE 1913.

Pueblo de mi ciudad y diócesis de San Luis! El primer grito de guerra que han lanzado los enemigos de Dios y de su Cristo, os ha unido más estrechamente conmigo y ha movido a pobres y ricos a acudir a la defensa de su Prelado, y de la Iglesia que personifica. Puesto que tal ha sido el resultado, yo bendigo ese grito sagrado y os bendigo también a vosotros, que formáis la asamblea de los escogidos. Resuenen hoy entre vosotros con mayor armonía las alabanzas del Señor. "Laus eius in Ecclesia sanctorum." Mi amor a vosotros se ha multiplicado en estos días de prueba. Ya pertenecéis a la humilde, pero valiente raza, de las Justas y Rufinas; ya ocupéis los puestos de los Pantaleones y Sebastianes, de los Pancracios y las Águedas, de las Ineses y los Mauricios, a todos os abrazo contra mi pecho paternal. Vuestra heroica actitud frente al enemigo, me ha hecho olvidar mis años, y ha renovado, como la del águila, mi ya pasada juventud. Nuevas lides nos esperan: y estaré en ellas en medio de vosotros, ya sea en la tierra partiendo vuestras fatigas y peligros; ya sea animándoos desde el cielo, cuyas puertas confío en la misericordia divina - que no se cerrarán ni para mis buenos diocesanos, ni para su indigno Pastor.